

LIBROS

Agnes Callard

OPEN SOCRATES. THE CASE FOR A
PHILOSOPHICAL LIFE

Sara Mesa

OPOSICIÓN

Colin Ward

EL NIÑO EN LA CIUDAD

Armando Zerolo

CONTRA LA TERCERA
ESPAÑA. UNA DEFENSA
DE LA POLARIDAD

Richard

Malka

TRATADO SOBRE
LA INTOLERANCIA

**Richard Malka
y Georges Kiejman**

ELOGIO DE
LA IRREVERENCIA

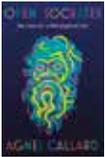
Philippe Sands

CALLE LONDRES 38. DOS CASOS DE
IMPUNIDAD: PINOCHET EN INGLATERRA Y
UN NAZI EN LA PATAGONIA

ENSAYO

Socratizar la vida

por **Roger Bartra**



Agnes Callard
OPEN SOCRATES. THE CASE
FOR A PHILOSOPHICAL LIFE
Londres, Allen Lane, 2025,
416 pp.

En este libro la filósofa Agnes Callard ofrece una respuesta socrática a lo que llama el “problema Tolstói”. En su *Confesión* el escritor ruso describe cómo a sus cincuenta años sufrió una profunda crisis que lo sumió en la melancolía y lo puso al borde del suicidio. Por más que razonaba no podía entender cuál era el sentido de su vida, a pesar del gran éxito que habían tenido sus novelas. Se enfrentaba a las preguntas: “¿Qué resultará de lo que hoy haga? ¿De lo que haga mañana? ¿Qué resultará de toda mi vida? [...] ¿Hay algún sentido de mi vida que no será destruido por la inevitable muerte que me espera?” Agnes Callard cree que este es el tipo de preguntas inoportunas pero fundamentales que Sócrates trató de contestar y que Tolstói no pudo enfrentar debido

a que no logró pausar su activa vida lo suficiente como para pensar en una respuesta. Sócrates, en contraste, creyó que no valía la pena vivir una vida sin someterla a examen y que era bueno tomarse el tiempo para enfrentar preguntas extemporáneas, intempestivas, que parecen formularse fuera de tiempo. Callard dedica todo su libro a este tipo de preguntas, a las que llama *untimely questions*. La vida transcurre como una respuesta a impulsos biológicos que llevan al placer o a la satisfacción. O bien respuestas a las exigencias de la tribu o la nación, que conducen a buscar el honor, la camaradería, el afecto, el prestigio, la posición y el rango en una comunidad. Callard usa una expresión tomada del *Critón* —mandatos salvajes— para denominar tanto las órdenes que provienen del cuerpo como las que proceden de la tribu; es decir, las que tienen un origen biológico y las que son generadas socialmente. Desde la perspectiva socrática es necesario eludir estos deberes salvajes como respuestas a dilemas vitales que no procedan del diálogo o de la reflexión. Es necesario encontrar respuestas que proceden de informarse y preguntar. Es necesario domesticar los mandatos salvajes. Sócrates,

dice Callard, no creía que los mandatos salvajes fuesen la única fuente de contestaciones a las preguntas extemporáneas.

Hay que decir, contra lo que opina Callard, que Tolstói sí encontró una respuesta al problema que enfrentó. A mí no me gusta su solución y me imagino que tampoco a Callard. Tolstói explica que no se decidió por la escapatoria que consideraba más digna, el suicidio, porque descubrió que se había equivocado. Gracias a la razón se dio cuenta de que la vida era irracional, pero se percató de que, además del pensamiento racional, había otro género de conocimiento, el irracional, que es la fe religiosa. Así, decidió ir por el camino de lo irracional para salvarse. Descubrió en la ignorancia de los campesinos rusos la auténtica creencia en Dios, pues ellos no *razonan*, solamente *sienten*. Tolstói encontró la contestación a su pregunta en una filosofía puritana, cristiana y populista. Es una alternativa opuesta a la vía socrática que encuentra soluciones en la razón y el diálogo. Me parece que Callard podría haber dicho que la respuesta de Tolstói era en realidad motivada por el mandato salvaje de la tribu cristiana y campesina.

El socratismo, ante la pregunta de cómo debemos vivir, plantea que el diálogo y la argumentación filosófica nos pueden dar una respuesta. Callard sostiene que las filosofías kantiana, utilitarista y neoaristotélica asumen que ya sabemos cómo vivir a partir de una “limpieza” de los mandatos tribales y biológicos. Desde una perspectiva socrática, en cambio, es necesario explorar las paradojas que la filosofía nos presenta, como aquella de los dos Sócrates contrapuestos: el que discute como un tábano que molesta, inquieta y despierta a la gente para que se dé cuenta de que son dudosas las respuestas que cree tener; y el Sócrates partero que ayuda a las personas a parir ideas que ya tienen sin haberse percatado de ello. Es la combinación del proceso negativo de refutación con el proceso positivo de descubrimiento. Esta es la solución a la paradoja de los dos Sócrates, según Callard, lo que significa que el proceso de aprendizaje es una actividad social. No hay dos Sócrates: hay una situación social que ofrece descubrimientos que no están al alcance del individuo. Un individuo se encuentra ante la llamada paradoja de Menón, a quien Sócrates le advierte que no puede buscar lo que sabe, pues ya lo sabe y no hay necesidad de buscarlo; y tampoco puede buscar lo que no sabe, pues no sabe qué buscar. Callard afirma que el método socrático permite pensar sobre cosas que no se pueden pensar gracias a la presencia de otras personas. Se trata de un proceso social que permite escapar de la paradoja de Menón.

El siguiente paso de Callard consiste en criticar las teorías que pretenden desenmascarar la realidad mediante la lógica de que algo “no es más que” otra cosa. Es el proceso de reducción de fenómenos generales a algo que subyace, como la idea freudiana según la cual actos que no parecen eróticos se deben entender en términos de sexo. O la afirmación marxista de que muchas cosas se comprenden porque,

aunque no sea evidente, debajo de ellas subyace la lucha de clases. Al enfrentar temas tan diversos como la política, la muerte o el amor, el enfoque socrático no busca un común denominador oculto debajo de ellos, sino que observa cómo se elevan hacia un mismo fin. Lo que está por arriba, cree Callard, es la aspiración a enfrentar las preguntas intempestivas. Y a partir de estas preguntas impertinentes Callard se lanza a la empresa final de su libro: la exploración de tres de las más difíciles dimensiones de la vida humana: el amor romántico, la política y el enfrentamiento a la propia muerte.

Para abordar esta fase final del libro me apoyaré en el ensayo de la escritora Rachel Aviv sobre los matrimonios de Callard (“Agnes Callard’s marriage of the minds”, *The New Yorker*, 6 de marzo de 2023). La aventura erótico-filosófica comienza en la primavera de 2011 cuando la profesora Agnes Callard, de 35 años, en la Universidad de Chicago, se encuentra ante un alumno suyo que le confiesa que está un poco enamorado de ella. La profesora le contestó que ella también creía que estaba enamorada de él. Fue algo fulminante y Agnes se dio cuenta de que había tenido una experiencia que nunca había sentido con su marido, un profesor de filosofía con el que tenía dos hijos pequeños. De inmediato Agnes tuvo una reacción socrática: le explicó a su marido lo que sentía y estuvieron hablando durante muchas horas. Al día siguiente decidieron divorciarse. Agnes le avisó al director del departamento de filosofía que había decidido tener una relación con su alumno y quedó liberada de tener obligaciones académicas con él. Unos pocos meses después, en un congreso de estudiantes de filosofía al que había sido invitada como ponente principal, impartió una conferencia titulada “On the kind of love into which one falls”. Allí les habló como si fuera Sócrates y les aclaró a sus estudiantes que sentía la obligación profesional de explicarles lo

que había pasado. Comentó el famoso discurso de Sócrates en el *Simposio* donde dice que la clase más elevada de amor no es hacia personas sino hacia ideales. Dos personas que se aman no quieren en realidad ser amadas por lo que son, sino que desean ser amadas porque ninguna de ellas está contenta con lo que es. Ahora, en su nueva relación, podría cambiar completamente, pues tiene nuevas aspiraciones. Esta conferencia es la base del capítulo sobre el amor en el libro.

Es evidente que Callard cree que las relaciones románticas son el lugar donde emergen los más acuciantes problemas filosóficos. Lo que ella busca es una vida filosófica, que es el subtítulo de su libro. Su explicación de la idea de amor en Sócrates nos puede permitir entender por qué quiso que la ruptura de su matrimonio y el amor por su estudiante fuesen un asunto público. Para Sócrates el amor debe ser racionalmente orientado hacia el bien. Callard explica que el objeto del amor no es el individuo, que lo que ama en una persona son sus cualidades y no lo que hace a esa persona ser *esa* persona. Concluye que la actividad apropiada de los amantes debe ser filosofar. “Mi amor—dice Callard—, que se manifiesta en la forma de filosofar contigo, no busca tomar posesión de ti, sino más bien poseer el bien.” Así que lo que realmente se ama se parece más a una idea que a la carne y la sangre del amante. El amor socrático no debe aceptar a su amante tal cual es, ni pretender exclusividad romántica, ni creer que el sexo es necesario y suficiente, como tampoco lo es vivir confortablemente y tener hijos. La poesía romántica evoca una forma equivocada de amor. Esta idea socrática del amor me da la impresión de emanar de una persona autista a la que se le dificulta entender a las otras personas.

Aquí debemos regresar a la vida matrimonial de Agnes. Ella se divorció y se casó con su estudiante. Como no resistió bien vivir en una nueva

casa con sus hijos yendo y viniendo para estar con su padre, acabaron viviendo todos juntos, ella, su exmarido, su nuevo marido, sus dos hijos y el nuevo hijo que tuvo con quien fuera su estudiante. Todos ellos formaron una peculiar familia extensa muy bien avenida, anclada en la conversación filosófica de los tres adultos. Pero esta familia al cabo de un tiempo comenzó a tener problemas y surgieron pleitos entre los dos casados, a tal punto que Agnes comenzó a parafrasear a Sócrates diciendo que el matrimonio era una preparación para el divorcio, de la misma manera en que la filosofía era una preparación para la muerte. Ella ha comentado que su próximo ensayo será sobre el problema matrimonial, y podemos suponer que su matrimonio, con su eventual divorcio, son la preparación para escribir un libro. Hay que mencionar que Agnes fue diagnosticada como autista cuando tenía treinta años. Rachel Aviv escribe que Agnes cree que ser definida como autista le ayudó a entender su inmunidad ante el atractivo de ciertas estructuras significantes heredadas. Creyó que, además de que su matrimonio nuevo estaba apuntalado en la filosofía, acaso también se basaba en el autismo. Me surgen muchas dudas al ver que apoya también sus ideas en la exhibición pública de sus problemas matrimoniales y amorosos. Sin duda ello ha contribuido a que destaque como una intelectual famosa y pública por razones que no se basan en su trabajo.

La pasión que muestra Callard al abordar el tema del amor no la emplea en su discusión sobre la política. Al igual que el amor, proyecta los grandes temas de la política a la esfera de los ideales, y extrañamente ve su presencia en la realidad social como un fenómeno patológico: la politización es una enfermedad que conlleva el deseo de ganar y la glorificación de la violencia. La justicia, la libertad y la igualdad son ideales intelectuales: no podemos luchar contra la injusticia

porque solo imitamos la refutación; la libertad solo existe si es inquisitiva; el lugar adecuado de la igualdad es el mundo de la conversación. El problema de la democracia solo aparece en una cita de John Dewey donde el filósofo estadounidense dice que cuando la libertad de expresión es ahogada por las sospechas, el abuso, el miedo y el odio se destruye la forma democrática de vida. Para Callard la libertad debe ser una conversación socrática y concluye que, aunque Aristóteles afirmó que el hombre es un animal político, Sócrates comprendió que lo distintivo de los humanos es la necesidad de interactuar unos con otros. No va mucho más lejos de la obviedad de que vivimos juntos porque pensamos juntos, es decir, que la política tiene un fundamento intelectual. Siglos de pensamiento político después de Sócrates han iluminado mucho más la complejidad social que estos balbuceos socráticos.

En el último capítulo, sobre el tema de la muerte, Callard regresa a Tolstói. En la novela *La muerte de Iván Ilich* (1886) cuenta cómo una dolorosa enfermedad le da solo unos meses de vida a un burócrata aburguesado que en su soledad final descubre que todo lo que ha hecho carece de sentido, ha sido una mentira, un fraude. Su vida no ha sido una preparación para la muerte pues carece de significado. En el último momento, ante la perspectiva de morir pronto, a Iván Ilich se le aparecen las preguntas intempestivas, pero ya no puede responderlas, dice Callard. Sin embargo, al igual que con su profunda crisis a los cincuenta años, Tolstói insinúa que Iván tiene una iluminación antes de morir.

Sócrates pasó sus horas finales inquiriendo tranquilamente sobre la inmortalidad del alma. Aunque dos de sus amigos dudaban de que el alma continuase su existencia después de la muerte, Sócrates se mantuvo en su idea y la defendió con vehemencia. Callard se propone discutir con esos “materialistas” de hoy que creen que

algo llamado “ciencia” definitivamente anula la posibilidad de la sobrevivencia del alma después de la muerte y que sin embargo actúan como si las almas de sus seres queridos anduviesen por allí, pues están dispuestos a honrar los deseos del muerto y rinden culto a su “memoria”, a su “legado” o a su “espíritu”. Con ello, supone Callard, evitan pensar que están preocupándose por alguien que no existe. Cree que al hacerlo vacilan en su materialismo, pues piensan que, aunque el cuerpo ha desaparecido, algo queda de la persona en forma incorpórea. El argumento me parece absurdo e ignora la idea misma de cultura, que incluye un gran número de símbolos de cosas y personas que no existen materialmente, que alguna vez existieron (como Sócrates) o incluso que nunca han existido. Lo que existe en la cultura simbólica no contradice los argumentos científicos que niegan que la conciencia pueda existir sin su sustrato biológico. Con un argumento banal Callard ignora la enorme cantidad de reflexiones y descubrimientos sobre las expresiones simbólicas en la cultura y el funcionamiento de la conciencia humana.

Callard se admira de que Sócrates no decida si su alma va a desaparecer o a continuar existiendo cuando muera al beber la cicuta. En realidad, si leemos el *Fedón*, veremos que allí Sócrates hace una firme defensa de la inmortalidad del alma y no tiene ninguna duda de que su alma sobrevivirá a la muerte de su cuerpo. Sus alegatos finales son una diatriba contra el cuerpo y una exaltación del alma que, atrapada en su envoltorio carnal, está siempre amenazada de corromperse debido a los impulsos sensuales, agresivos o lujuriosos. Hace una hermosa pero inquietante descripción de lo que les espera a las almas en ese lugar que los poetas llaman el Tártaro, donde las aguas de los ríos se juntan y vuelven a brotar. Allí se encuentra el río Aqueronte, donde concurre la mayor parte de las almas de los

mueertos y donde algunas serán seleccionadas para regresar a este mundo y animar nuevos cuerpos, pues Sócrates no tiene ninguna duda de que no solamente el alma sobrevive a la muerte del cuerpo, sino que también antecede al nacimiento, lo que es demostrado por el hecho de que el aprendizaje es en realidad el recuerdo de lo que el alma ya ha vivido en otros cuerpos. Describe también otro lugar horrible y salvaje de color azulado llamado la laguna Estigia. Las almas, sigue explicando, viajan hasta un lugar donde son sometidas a un juicio para determinar si su vida en este mundo ha sido o no justa. Algunas almas son regresadas al Aqueronte para sufrir castigos proporcionales a sus faltas durante un tiempo antes de ser liberadas. Pero las almas consideradas incurables son precipitadas en el Tártaro, de donde no saldrán nunca.

El libro de Callard es una admirable invitación a que admitamos a la filosofía en nuestra vida cotidiana y una exhortación a que no evitemos las grandes preguntas sobre el sentido de la vida. El rescate que propone del pensamiento socrático me inquieta, pues a veces parece una excusa para no enfrentar las nuevas y difíciles preguntas que, a lo largo de los más de dos milenios transcurridos desde la muerte de Sócrates, han ido surgiendo, fruto del pensamiento de muchos filósofos y científicos. Callard da un salto temerario y se detiene muy poco a considerar lo que ha ocurrido en el largo tiempo que nos separa de la época de Platón. El libro de Callard puede ser una saludable sacudida a los académicos que viven en una burbuja llena de aspiraciones absurdas y ambiciones, sin tiempo ni sosiego para meditar en el significado y el objetivo de sus vidas. Me parece muy elogiabile su empeño por inscribir preguntas filosóficas fundamentales en las preocupaciones que brotan de los tiempos difíciles que vivimos, donde el ruido estruendoso y la velocidad de los cambios no

nos ayudan a cavilar sobre el sentido de la existencia. ~

ROGER BARTRA es antropólogo, sociólogo e investigador emérito por la UNAM. En 2024 publicó *Ecos de la melancolía. Un viaje musical* (Anagrama) y una edición ampliada de *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío* (Grano de Sal).

NOVELA

Distraer el tedio

por **Elisa Martínez Salazar**



Sara Mesa
OPOSICIÓN
Barcelona, Anagrama, 2025,
232 pp.

Como es habitual en las narraciones de Sara Mesa, *Oposición*, su novela más reciente, cuenta la llegada de un personaje a un entorno que le es ajeno y, en buena medida, hostil. Acompañamos a la joven protagonista por las oficinas de una institución pública desde el día de su incorporación como interina hasta la celebración de su oposición. A través de su mirada, asistimos a lo que ocurre durante esos meses en el espacio cerrado de un edificio enorme y laberíntico. El mundo exterior no aparece en la novela de manera directa; se reduce al aparcamiento, a una zona ajardinada y a lo que se alcanza a ver desde la azotea. Unos espacios limitados, pero abiertos, en los que, por contraste con lo que sucede en las oficinas, irrumpe lo natural: el sol, la lluvia, los gatos, las aves, la vegetación “abriéndose paso ante la más mínima posibilidad de vida”.

La novela está escrita en primera persona y la protagonista se llama Sara, como la autora. Pero Mesa advierte en una de las citas iniciales de la novela —tomada, significativamente, de un ficticio *Cómo leer a Gólgol*— que no

tiene sentido leer como un inspector, buscando “correspondencias empíricas”. La carga de verdad del relato es lo que importa, no qué elementos proceden de la realidad y cuáles son pura invención.

Oposición muestra el microcosmos burocrático y social al que entra a formar parte esa joven. Con sus jerarquías y desigualdades, ese mundo cerrado saca a la luz miserias humanas como la complacencia ante cada mínima porción propia de privilegios o de poder, y unas relaciones teñidas de superficialidad, falsedad y malicia. Priman la obediencia y el sometimiento a las normas, por absurdas que sean, y quienes tratan de mejorar las cosas son mal vistos e incluso acaban expedientados. Tanto la sensatez como las inclinaciones creativas son motivo de burla. No hay inconveniente en perder el tiempo, siempre que no se note. Y se utiliza un lenguaje enrevesado y altisonante que dificulta la comunicación y cuya única función parece ser revestirse de una solemnidad que resulta irrisoria. Pese a todo, es fácil que los trabajadores acaben identificando el sentido de su vida con su actividad funcional, como el jubilado que se resiste a dejar de ir a la oficina.

Desde el principio, el problema de Sara es que no tiene nada que hacer. Durante mucho tiempo ni siquiera sabe cuál va a ser su labor; más tarde, su tarea será minúscula dentro de un procedimiento en sí mismo inútil. En el medio laboral, donde los individuos se definen por su función, ser privada de ella es degradante. Que esa función carezca de sentido también lo es. Sara actúa inicialmente como una suerte de *Bartleby inverso*: a diferencia del personaje de Melville, preferiría hacer cosas de utilidad, pero no se le da la oportunidad. Esa situación desemboca en su alienación (“Una parte de mí se había desgajado irremediabilmente de mis actos”) y en un comportamiento que la enfrenta al sistema, aflorando el doble sentido

del título del libro: un sustantivo que puede referirse a *opositar*, pero también a *oponerse*. Sara se opone a una estructura alienante e ineficaz, pero no lo hace desde una postura heroica ni militante, sino desde la individualidad, el juego y la creatividad, como distrayendo su tedio.

La burocracia había asomado en distintos momentos de la obra ficcional previa de Mesa, además de alzarse como tema central de su crónica narrativa *Silencio administrativo* (2019). La inquietud de la escritora por esta cuestión no es nueva, pero sí lo es la perspectiva que ahora adopta. El foco no se sitúa ya en la ciudadanía que sufre las consecuencias de un sistema ineficaz e incluso perverso —aunque estas víctimas aparezcan también, indirectamente, en *Oposición*—, sino en los trabajadores que forman parte de ese entramado y se pliegan —o no— a él.

El tratamiento narrativo que Sara Mesa venía dando a lo burocrático adoptaba un tono a veces cómico y liviano, a veces desasossegante, y llegaba a resultar indignante en la obra de denuncia que es *Silencio administrativo*. En *Oposición* se combinan los tres enfoques, pero la balanza se inclina del lado de la crítica humorística. Las primeras páginas resultan inquietantes y, en cierto modo, kálfianas, pero poco a poco, a medida que la recién llegada se familiariza con el medio, ese tono se rebaja y hace entrada un humor ligero. La autora deja atrás la oscuridad de buena parte de su obra anterior, sin renunciar a reflejar la opresión y el absurdo del ámbito burocrático.

El ludismo narrativo aparece ya en las tres citas iniciales del libro, y es que únicamente la más descabellada y aparentemente paródica de ellas es real. En efecto, existe en España un *Manual de simplificación administrativa y reducción de cargas para la Administración General del Estado*, que, a juzgar por el párrafo citado, parece destinado a lo contrario de lo que proclama. En esa misma línea,

la gran ironía de la novela yace en la Oficina de Mediación y Protección Administrativa (OMPA) para la que trabaja Sara, supuestamente creada como un lugar de escucha, un “cauce de comunicación entre ciudadanía y Estado”, algo que ni es ni aspira a ser. Este organismo tiene sus precedentes en las múltiples oficinas institucionales de siglas delirantes de otra novela de Mesa, *Un incendio invisible*, cuyo fin era gestionar el abandono masivo de la ciudad de Vado.

No es este el único guiño intertextual de *Oposición* con otros libros de la misma autora. Tanto la ilustración de la cubierta, de Pablo Amargo, como la dedicatoria a El Ujier dialogan con *Perrita Country*. Es fácilmente reconocible por los lectores el mote que recibe uno de los informáticos: el *Carapán*. Sara se emparenta con otras criaturas de Mesa por su afición a la entomología y la botánica, así como por tener un defecto físico: un problema de frenillo que dificulta su pronunciación y la hace presentarse como *Sada*. El motivo del doble, del gusto de Mesa, está aquí encarnado en su variante triple por las tres becarias de igual aspecto y comportamiento. Aun sin el protagonismo y el detalle de otras ocasiones, se alude además a un asunto recurrente en su narrativa: el maltrato animal. Y sigue siendo frecuente su habitual uso de imágenes que difuminan los límites entre lo humano y lo animal o entre lo vivo y lo mecánico.

Junto a estos rasgos grotescos enmarcados en una estética realista, Mesa tampoco abandona uno de sus grandes aciertos a la hora de retratar al ser humano: la ausencia de maniqueísmo, de complacencia con sus personajes, de autocomplacencia. Quienes protagonizan su universo literario no son modelos de conducta, pero sí se muestran conscientes de sus propias miserias y contradicciones. La Sara de *Oposición* no desentona entre esos seres discordantes, que no encajan en un entorno al que renuncian a adaptarse. Y es que mantienen

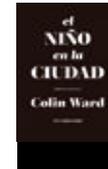
una individualidad que a la larga no admite imposturas, remedos ni concesiones. Esta fidelidad a su propia esencia resulta molesta, pero les permite conservar su dignidad y trascender, en cierto sentido, los sistemas o comunidades de los que forman una parte incómoda, ya se trate de la familia, los círculos sociales o el entorno laboral. No es que se muevan por un impulso de rebeldía; sencillamente, no saben vivir de otro modo. Es en esa actitud donde radica la *oposición* de las creaciones literarias de Sara Mesa. ~

ELISA MARTÍNEZ SALAZAR es profesora del área de filología alemana en la Universidad de Zaragoza. Es coautora junto a Julieta Yelin de *Kafka en las dos orillas* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013).

ENSAYO

La ciudad vista a un metro de altura

por **Bárbara Mingo Costales**



Colin Ward
EL NIÑO EN LA CIUDAD
Traducción de Enrique Alda
Logroño, Pepitas de calabaza,
2025, 290 pp.

Inspirado por la convicción explícita de que “la interacción con el entorno es buena, de que para eso es la ciudad, y de que esa es la forma en que las personas se convierten en ciudadanos”, el escritor y arquitecto anarquista inglés Colin Ward emprendió la escritura de *El niño en la ciudad*, publicado originalmente en 1978 y revisado y ampliado en una edición de 1990. La editorial Pepitas de calabaza publica ahora la versión en castellano con una introducción del antropólogo Manuel Delgado que lleva el estimulante título de “Los últimos salvajes” y presenta la figura de Ward,

“exponente destacado de la teoría urbana y la pedagogía ambiental de la última mitad del siglo XX”, explicando el alcance de su trabajo y sus investigaciones y propuestas.

A lo largo de su vida, Ward publicó muchos libros de títulos muy sugerentes, dedicados a la manera en que nos hemos organizado para vivir. Copio aquí unos pocos que darán una idea de sus intereses y enfoque: *Housing, an anarchist approach*, o *When we build again: Let's have housing that works!*, o *Sociable cities: The legacy of Ebenezer Howard* o *New town, home town*. Sin embargo, la publicación de su obra en España es reciente y por el momento escasa, repartida en editoriales como Gallo Nero, Katakarak y Enclave. Pepitas publicará próximamente *El niño en el campo*.

Ward investiga aquí cómo los niños se relacionan con el entorno urbano. Tiene en cuenta que, en primer lugar, los niños están condicionados por su tamaño, por su poca experiencia, por su percepción poco mediada del mundo y por la parcial autonomía con la que se pueden mover, pero también por las circunstancias económicas y sociales de sus familias (los que la tengan, porque también se dan casos de niños huérfanos, abandonados, fugados). Por su parte, el entorno, circunstancia ineludible, a menudo y por muchas razones puede resultar hostil. Veremos entonces con él qué pueden hacer esos ciudadanos tan particulares (“los últimos salvajes”) en ese medio misterioso y de difícil franqueo, características que lo pueden convertir en mágico y a la vez en peligroso.

Ordenado en una veintena de capítulos (“¿El paraíso perdido?”, “Cómo ve la ciudad el niño”, “La niña en segundo plano”, “El juego como protesta y exploración”, “Una tarde suburbana”, “El tráfico y el niño”, etcétera), el estudio es ordenado y riguroso, pero no tiene la aridez de un texto académico. Como Ward escribe muy bien, lo cual se distingue en

la estupenda traducción de Enrique Alda, y como parece ser una persona sensible y atenta, la lectura es muy entretenida además de instructiva. Es cierto que Ward escribe en la década de 1970, y desde entonces las ciudades y la sociedad han cambiado mucho. La sociedad que formaban los niños parece haberse disuelto en los últimos años, por el cambio de costumbres y el mayor control al que se ven sometidos, al menos en los países más ricos. ¿No se dice que la invención de la infancia tuvo lugar durante el victorianismo? En tal caso, esa civilización parece estar ahora desmoronándose también dentro de la nuestra, solo que con menos aspaviento porque los niños ni votan ni tienen dinero. Además a todos nos acaban expulsando de ese club.

Como ejemplos de lo que cuenta, Ward recurre tanto a recuerdos propios como a testimonios de otras personas. El relato de las aventuras que podían correr aquellos niños en aquellas ciudades inglesas, caminando a sus anchas por solares y vertederos o agarrándose a los carros que traqueteaban por las calles adoquinadas los leemos ahora como una novela. Y a pesar de eso, a lo largo de los capítulos resiste la idea fundamental de que es siempre desarrollándonos más allá de las paredes de nuestra casa como podremos convertirnos en adultos, crecer, conocer a los demás y a nosotros mismos. Los descampados de antaño ya no son tan accesibles, las pandillas de niños como bandadas de gorriones son más raras de ver, pero no ha desaparecido de nosotros la pulsión exploradora y dispuesta al asombro que es propia de nuestra especie. El niño es el padre del hombre, como dijo Wordsworth, pero vive en un entorno diseñado por otros; no tiene más remedio que adaptarse, lo que muchas veces significa contorsionarse para caber en los huecos despistados. También implica que el niño advertirá esos huecos mucho mejor que un adulto, y en cosas como esta el libro,

aunque no se desvíe del tema del título, alude silenciosamente a la naturaleza especial de la infancia.

El buen ojo de Ward para elegir las citas y los testimonios personales que ilustran su estudio le dan a este un aire emocionante y muchas veces divertido, un tono que trasciende lo sociológico. No es solamente un repaso de unos modos de vivir que están desapareciendo, además de una propuesta sobre cómo podrían mejorar las cosas. Estremecen las historias de niños sin tutela, que tienen que buscarse la vida en oficios de toda calaña, pero divierten los relatos de las aventuras como de isla del tesoro y las artimañas que idean los niños para vivir y expresarse. La bibliografía es muy variada e interesante, y después de leer este libro, darán muchas ganas otros tantos. Para acabar, y aunque no es totalmente representativa del libro completo, no me resisto a copiar la explicación tan graciosa que tiene a bien hacerle un niño a una encuestadora que le ha preguntado por sus juegos: “Vamos por el muro hasta una azotea de la casa del párroco y entonces este sale y nos persigue, saca el perro, que aúlla para distraerte, y el párroco baja unas escaleras por detrás del muro y te atrapa. Y cuando subes allí hay una ventana, y una vez estaba rota –la arregló él–, pero seguía rota, así que cuando alguien se casaba, mirábamos por ella y veíamos lo que hacían cuando firmaban el libro, y nos quedábamos espiondo.” Qué enorme regalo que un niño te espíe. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).



Valor y esencia de la democracia

por Manuel Arias Maldonado



Armando Zerolo
CONTRA LA TERCERA
ESPAÑA. UNA DEFENSA DE
LA POLARIDAD
Barcelona, Deusto, 2025,
224 pp.

Profesor de filosofía política con un notable bagaje como investigador visitante en universidades extranjeras y columnista bregado en el análisis de la actualidad, Armando Zerolo sintetiza en este ensayo su visión sobre la democracia en la era de la polarización. Y lo hace bajo el engañoso manto de un argumento llamado a sorprender al lector, ya que no se ve claro de entrada quién podría estar “contra la tercera España”. Discípulo del fallecido Dalmacio Negro, Zerolo se inscribe en la tradición intelectual liberal-conservadora: su libro cuenta con un prólogo de Ángel Rivero, quien subraya los males que acarrea la primacía de la política ideológica, así como con un epílogo donde Gregorio Luri reflexiona sobre la cualidad “tercerista” que a su juicio se atribuye indebidamente el liberalismo.

El punto de partida de Zerolo se deja exponer sencillamente: la polaridad es inevitable y debe distinguirse cuidadosamente de la polarización; la segunda no es más que la deformación de la primera. Sería por ello un error pensar que la polarización puede terminar por medio de una armonización de las voluntades; la democracia moderna responde al imperativo de la heterogeneidad social y no cabe en ella suspender las diferencias. Aquí el adjetivo es importante, ya que la democracia de los antiguos tenía justamente como presupuesto un *ethos* social bien distinto; como a Sartori le gustaba señalar, el disenso se juzgaba

indeseable en una *polis* sometida a la amenaza permanente de los bárbaros exteriores. Recurriendo a ejemplos y tirando de una prosa cercana y eficaz, Zerolo se toma su tiempo para explicar dónde reside el valor de la democracia representativa. Para evitar sentirnos tentados por el populismo y demás reducciones autoritarias de la complejidad social, más nos vale saberlo.

Sucede que el autor descrece de la racionalidad del votante y subraya, a la manera orteguiana, el componente deportivo de la competición política: salir a ganar le parece más honesto que situarse en una equidistancia desapasionada. Zerolo se confiesa situado en la derecha política, sin que ni siquiera él mismo pueda explicarse las razones; cada uno tiene su biografía, sus influencias, sus inclinaciones. Autores importantes jalonan su meditación sobre la democracia y sus condiciones de posibilidad: de Aristóteles a Hobbes, de Donoso Cortés al Habermas que dialoga con Ratzinger. Alineándose con este último, el autor niega que la democracia requiera de una cultura común a todos los ciudadanos; el “consenso fundamental” al que apela Habermas le parece una fantasía racionalista. No es precisamente un asunto menor: en una sociedad en la que conviven culturas distintas, parece difícil identificar una norma universal que sirva de sustento a la democracia.

Claro que el propio Zerolo acabará el libro diciendo que una democracia solo funciona si los ciudadanos creen en ella; creencia que se parece mucho al “consenso fundamental” de Habermas, con la salvedad de que el filósofo alemán recurre al constructivismo kantiano allí donde los liberales optan por el pragmatismo: la democracia es la mejor forma de organizar el gobierno *si* aceptamos el legítimo derecho de todos los individuos y grupos sociales a vivir conforme a sus propios valores morales. Ese condicional sugiere que hay quien niega al prójimo ese derecho; los integristas de todas las

confesiones religiosas e ideológicas se consideran autorizados a imponer sus valores a los demás. Y lo cierto es que pedir tolerancia no siempre funciona; lo que llamamos tolerancia es, a la vista de la historia europea, la obligación de aceptar todo aquello que no logramos eliminar. Solo andando el tiempo, proceso de ilustración mediante, hemos aprendido a reconocer la autonomía moral del individuo. Por desgracia, un vistazo a los periódicos basta para recordarnos que ese aprendizaje puede deshacerse fácilmente.

Apuesta nuestro autor por una concepción “sinfónica” de la verdad, entendida como armonía del conjunto en el marco de un proceso de búsqueda colectiva sobre la base de la común aceptación de las reglas del juego democrático. Sería de gran ayuda, sostiene, que comprendiéramos a los demás en lugar de demonizarlos; todo el mundo, al fin y al cabo, tiene sus razones. Cree Zerolo con buen criterio que las redes sociales pueden ayudarnos a salir de la burbuja en la que viven quienes comparten un modo de vida: las cámaras de eco, arguye con una hermosa imagen, han dejado paso “a la resonancia, al ruido, a la multiplicidad de ondas rebotando en espacios cada vez más grandes”. Tal vez sería aconsejable no confundir modo de vida e identidad partidista: hay personas que se adhieren a fuerzas políticas distintas y reproducen verbalmente el ideario correspondiente, pero viven vidas muy parecidas entre sí.

Una vez sentadas estas premisas, el autor formula su crítica del centrismo. Se caracterizaría este último por el propósito de acabar con la tensión polar: quienes niegan la naturaleza polémica de la política, sostiene Zerolo, ejercen una “violencia abusiva” sobre el resto. De hecho, cree que los regeneracionistas son revolucionarios disfrazados de tecnócratas; habiendo decidido que la democracia no funciona, quieren arreglar un país que han llegado a odiar a base de tanto criticarlo. ¿O no cabe deducir tal cosa de la “revolución

desde arriba” impulsada por el “cirujano de hierro” del que hablaba Joaquín Costa? Las soluciones son un mito, advierte Zerolo, por más que sí quepan “soluciones exactas a problemas concretos”; lo que de ningún modo podemos hacer es zanjar el debate normativo acerca de lo deseable. Y eso es cierto, aunque no del todo: defender el horizonte de la sociedad sin clases, por ejemplo, se antoja más difícil tras el fracaso del comunismo realmente existente. Quiere entonces decirse que el debate normativo no puede ser sordo a la experiencia histórica, sino que debe integrar sus enseñanzas –contenciosas en sí mismas– a riesgo de enquistarse en el simple voluntarismo.

En todo caso, Zerolo tiene razón: la polaridad, que se convierte en multipolaridad si hablamos de asuntos concretos en lugar de limitarnos al eje izquierda-derecha, difiere de la polarización. Si la polaridad es tensión entre diferentes, la polarización es el intento por acabar con el diferente. Aunque también es la estrategia a la que recurren algunas fuerzas políticas en circunstancias concretas, sean cuales sean las verdaderas creencias de sus correspondientes estrategas. Y es aquí, al final del libro, cuando Zerolo saca a pasear a la denominada “tercera España”. A su modo de ver, se trata de “un artificio retórico que solo sirve para posicionarse en un pedestal moral”. A su juicio, no hay dos ni tres Españas, sino muchas distintas. El centrismo es peligroso por esa misma razón: siendo el pluralismo “un elemento esencial del bien común”, la polaridad es un bien.

Fracasada la construcción de la torre de Babel, más vale que interioricemos esta idea: estamos condenados al pluralismo, nos guste o no el pluralismo. Y hace bien el autor en recordarlo, aunque por el camino sea injusto con ese ideal regeneracionista que bien puede entenderse como extremo de un continuo en cuyo polo opuesto se situase el inmovilismo de quienes se beneficiaban del *statu quo* o rehúsan transformarlo pese a que lo saben defectuoso.

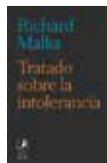
Regenerar no quiere decir necesariamente acabar con la polaridad, sino colocar el debate público en otro nivel: exigir que las cosas funcionen, se busquen las mejores soluciones para cada problema, se distinga con claridad al partido de la administración, se respete la independencia de los medios de comunicación y el trabajo de los jueces, se castiguen en las urnas la mentira política y la corrupción, etc. Nada hay en ello de antidemocrático o adanista; el regeneracionismo encarna el anhelo por una mejor democracia. Pero el caso es que no estaríamos hablando de esto si Zerolo no nos hubiera obligado antes a pensar en ello. Su valioso ensayo, por cierto, está al alcance de cualquier lector: sea cual sea la España a la que cada cual se adscriba, sus páginas le resultarán provechosas y estimulantes. ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es profesor de ciencia política en la Universidad de Málaga. Acaba de publicar *Forever cinema. Ensayos sobre el cine y su espectador* (Confluencias Editorial).

ENSAYO

Ninguna idea es sagrada

por **Eduardo Moga**



Richard Malka
TRATADO SOBRE LA
INTOLERANCIA
Traducción de Leopoldo
Kulesz
Barcelona, Libros del Zorzal,
2025, 110 pp.



Richard Malka
y **Georges Kiejman**
ELOGIO DE LA
IRREVERENCIA
Traducción de Alberto
Torrego
Barcelona, Libros del Zorzal,
2024, 143 pp.

Los tres textos que contienen estos libros son alegatos jurídicos: se emitieron en los procesos judiciales seguidos en Francia contra la revista satírica *Charlie Hebdo* por reproducir en 2007 las caricaturas de Mahoma que había

publicado tres años antes el periódico danés *Jyllands-Posten*, y contra los yihadistas que asesinaron en 2015 a doce trabajadores de la propia *Charlie Hebdo*. Y quienes los pronunciaron son abogados: Richard Malka, que participó en ambos procesos, y George Kiejman, que lo hizo solo en el primero, ambos prestigiosos letrados, y el segundo, además, ministro de Justicia, Cultura y Relaciones Exteriores con el socialista François Mitterrand. Los dos discursos, no obstante, exceden el ámbito estrictamente judicial y se erigen en proclamas universales a favor del laicismo, la crítica a la religión y la libertad de expresión. Se inscriben también en una larga y desventurada tradición: la de quienes han de defender a escritores –o, como en este caso, a dibujantes– de las acusaciones de los biempensantes que, parapetados en su fe, aspiran a impedir que nadie arañe la coraza de sus creencias, o a que, si lo han hecho, paguen por ello. Por suerte, en los países democráticos esto ha de dirimirse en los tribunales, lo que, pese a algunos inconvenientes –en España algunas organizaciones, como la nefanda Abogados Cristianos, acogidos a lo que dispone el medieval artículo 525 del Código Penal, que castiga la ofensa a los sentimientos religiosos, han hecho de la querrela una espada flamígera con la que aspiran a rebanar todas las cabezas que, a diferencia de las suyas, piensan por sí mismas–, ofrece garantías suficientes de imparcialidad. Antes, sin esta salvaguardia, se despachaba a los críticos al exilio o a la hoguera sin que al responsable del terrible castigo se le moviese un pelo del bigote. Pero, aun con las supuestas garantías de los tribunales, los escritores y artistas llevan siglos lidiando con los defensores más celosos de la moral pública y los creyentes furibundos en el más allá: a Whitman lo denunció en 1882 la Sociedad de Nueva Inglaterra por la Supresión del Vicio, que logró evitar la distribución de una nueva edición de *Hojas de hierba*, donde se describían actos repugnantes, y, apenas unos años

antes, tanto Charles Baudelaire, por *Las flores del mal*, como Gustave Flaubert, por *Madame Bovary*, habían sufrido las embestidas forenses de los perturbados por los versos lujuriosos de uno y las escenas impropias de cualquier persona respetable del otro.

Hoy, por suerte, ya no se considera denunciante, en los países occidentales, el retrato del sexo, pero la burla de la religión sigue manteniendo un estatus incomprensiblemente privilegiado. Richard Malka –autor de un admirable *El derecho a cagarse en Dios*, publicado en 2022– pone el dedo en la llaga cuando desvela, en *Tratado sobre la intolerancia* –el mismo título que dio Voltaire en 1763 a su denuncia de la religión, que la Iglesia se apresuró a incluir en su *Index Librorum Prohibitorum*: la cosa, como se ve, viene de lejos–, cuál es la causa que mató a los doce trabajadores de *Charlie Hebdo* (y a las 2.973 personas de las Torres Gemelas de Nueva York, las 193 de la estación de Atocha de Madrid, las 52 de Londres en 2005, las 86 de Niza en 2016 y un largo y sangrante etcétera): “Tiene nombre: es el acusado que jamás comparecerá ante el tribunal, a pesar de que es el que transforma a seres humanos ordinarios en autores de crímenes, cada uno más monstruoso que el anterior [...]. Este acusado mata indiscriminadamente a cristianos, judíos, musulmanes, ateos y, sin embargo, se supone que su nombre no debería pronunciarse nunca. [...] En esta sala, tenemos que nombrarlo y mirarlo a la cara: se llama Religión. Es mi acusado.” En efecto, pese a que los terroristas de *Charlie Hebdo* entraron en la redacción al grito de “¡Hemos venido a vengar al Profeta!” y salieron de ella con el no menos escalofriante de “¡*Allahu akbar!* ¡Hemos vengado al Profeta!”, mucha gente se negaba a admitir que la razón de la salvajada fuese, simplemente, la fe, la creencia en un ser superior al que hay que proteger –como si no tuviera suficiente con ser Dios para protegerse él solo– de las chanzas de sus criaturas, y la atribuía al fanatismo de unos

pocos, al racismo de la sociedad, a las desigualdades sociales y las diferencias culturales, a la difícil integración de los inmigrantes y hasta a una libertad de expresión mal entendida, que se había propasado dibujando a Mahoma con una bomba en el turbante, entre otras lindezas. Bien, los hermanos Kouachi no llevaban bombas ni turbantes, pero sí sendos y muy eficaces *kalashnikovs*. Pese a este prometedor toque de rebato, que anuncia una ofensiva general contra los peligros y las necesidades de la religión, de todas las religiones, Malka –y también Kiejman– se ciñen a las circunstancias de los casos en los que intervienen. Y la pequeña decepción que esta particularización pueda causar se ve pronto superada por la brillantez de sus argumentos. Malka se remonta a un debate teológico entre mutazilitas y hanbalitas, en el siglo VIII, para situar el origen del fanatismo islámico: los primeros consideraban que la razón era el fundamento primordial del islam y otorgaban un papel crucial al libre albedrío; los segundos, rigoristas, creían en un Corán increado, es decir, procedente directamente de Dios, y sostenían, en consecuencia, que el creyente no debía interpretarlo ni cambiarlo: solo debía obedecer. No en vano, islam significa “sumisión”. Y vencieron los hanbalitas: el actual wahabismo saudí y el salafismo, patrocinadores de la yihad, son la emanación actual de esta corriente literalista. El islam se halla instalado, pues, en un absolutismo radical y una inmovilidad ponzoñosa, cimentados en los versículos del Corán que predicán la violencia, como este, tan desgraciadamente célebre: “Matad a los infieles dondequiera que los encontréis, capturadlos, asediadlos, emboscadlos.” Malka analiza la evolución histórica de esta trágica fosilización hermenéutica –y de sus cruentas consecuencias–, que se ha dotado, hasta nuestros días, de un arma poderosa: el delito de blasfemia, que es el que se esgrimió, en primer término, contra *Jyllands-Posten* y *Charlie Hebdo* (hasta

que algunos la juzgaron insuficiente y decidieron emplear métodos más resolutivos), y propone que luchemos contra él como un modo de “denunciar los sortilegios de la pureza religiosa” y de devolver al islam una “espiritualidad, una libertad, una poesía, como la del transgresor Abu Nouwas en el siglo VIII, o la del refinado poeta palestino Mahmoud Darwich, una filosofía brillante, abierta y tolerante”.

Georges Kiejman, por su parte, en un exquisito alegato, no exento de humor, repasa la jurisprudencia francesa e internacional –“correosas”, las califica– sobre las ofensas a la religión y la libertad de expresión, analiza las caricaturas que originaron el primer proceso y culminaron en la matanza de *Charlie Hebdo* (sostiene que “hay que ser estúpido para ver en esa cubierta otra cosa que no sea un homenaje a Mahoma”), define a los integristas como “gente que se adueña de determinadas partes del Corán, de los versículos belicosos, ignorando otros que preconizan la comprensión y el amor”, pide a los jueces que han de fallar que no pongan “fin a una época bendita en la que podíamos decirnos unos a otros lo que pensábamos unos de otros”, y concluye que “la humanidad debe ser puesta por encima de las religiones”.

Tanto *Tratado sobre la intolerancia* como *Elogio de la irreverencia* incluyen sendas cronologías de los hechos que condujeron a los procesos judiciales en los que participaron Malka y Kiejman, y el segundo incorpora también la sentencia del Tribunal de Primera Instancia de París, de 22 de marzo de 2007, por la que se absuelve a *Charlie Hebdo* de los delitos de que la acusaban los denunciadores –la Sociedad de los Habús y los Lugares Santos del Islam, y la Unión de Organizaciones Islámicas de Francia–, ratificada después por el Tribunal de Apelación de París y por el Tribunal Supremo. Por sentencia del 16 de diciembre de 2020, las catorce personas acusadas por los asesinatos de *Charlie Hebdo*

fueron condenadas a penas que van de los cuatro años de prisión a cadena perpetua. ~

EDUARDO MOGA es crítico y poeta. En 2024 publicó *Poemas enumerativos* (Olifante).

ENSAYO

El chacal y el dictador

por **Ricardo Dudda**



Philippe Sands
CALLE LONDRES 38. DOS
CASOS DE IMPUNIDAD:
PINOCHET EN INGLATERRA
Y UN NAZI EN LA
PATAGONIA
Traducción de Francisco J.
Ramos Mena y Juan Manuel
Salmerón Arjona
Barcelona, Anagrama, 2025,
584 pp.

Un nazi en la Patagonia. Walther Rauff era como una caricatura de nazi: sádico, calculador, siniestro, tenía un pastor alemán que ladraba sin parar, iba impecablemente vestido y aseado. Estuvo detrás de la creación de los hornos de gas portátiles que exterminaron a miles de judíos antes de la creación de las cámaras de gas de los campos de exterminio. Como enviado nazi al Túnez ocupado, esclavizó y exterminó a la población judía. Tras la guerra, colaboró en la creación de los servicios secretos sirios, pero también con los servicios secretos de Alemania Occidental e incluso con el Mossad, hasta que Israel y el célebre cazanazis Simon Wiesenthal descubrieron realmente quién era y lo colocaron en su punto de mira; sorprendentemente, a pesar de la eficiencia de los servicios secretos israelíes en esas cuestiones, los intentos de asesinarlo no fructificaron.

Finalmente escapó a América Latina, por consejo de otro nazi, Otto Wächter, al que Sands estuvo investigando durante años. Primero estuvo en Ecuador, donde conoció a Pinochet, y luego acabó en la Patagonia chilena, donde trabajó para una empresa de conservas de centollas.

Como acabaría descubriendo Sands, aunque era *vox populi* durante décadas en Chile, no se limitó a ese trabajo y se aprovechó de la fascinación que sentía Pinochet por la marcialidad y la disciplina (y las técnicas represivas) prusianas. En la Patagonia había muchos sitios alejados donde arrojar cadáveres.

Conexiones. Los tres mejores libros de Sands tienen hilos conductores entre sí. Su obra más célebre y la que lo popularizó, *Calle Este-Oeste*, cuenta la historia del abuelo del autor y la de los dos abogados que acuñaron los conceptos de “genocidio” y “crímenes contra la humanidad”. Investigando ese libro descubrió la historia de Wächter, que es el protagonista de *Ruta de escape*. Y escribiendo *Ruta de escape* se topó con la figura de Rauff, que fue el inventor de los “camiones de la muerte” en los que murieron los antepasados de Sands.

Las conexiones van más allá. Sands estuvo más o menos involucrado en el proceso judicial que intentó llevar a la justicia a Pinochet. El equipo de abogados del dictador le ofreció trabajar en su defensa legal. Su mujer, descendiente de exiliados republicanos españoles, le amenazó con el divorcio si aceptaba. Finalmente acabó asesorando a la organización Human Rights Watch a favor de su enjuiciamiento. Durante el proceso de escritura del libro, Sands descubrió que su cuñada estaba relacionada con Carmelo Soria (nieto del famoso arquitecto Arturo Soria que da nombre a una de las calles más largas de Madrid), uno de los españoles asesinados por Pinochet. El asesinato de Soria catapultó todo el caso Pinochet.

Pinochet en Londres. Parece la historia más fascinante, pero no lo es. Sands no es un escritor técnico y resulta muy divulgativo. Sin embargo, sobran detalles y páginas en su relato sobre el proceso judicial que intentó juzgar a Pinochet; visita a todo el mundo, describe demasiado y cuenta aspectos que ni siquiera interesarán a los más

caféteros. La historia general es conocida. Pinochet viajó a Londres en otoño de 1998 para someterse a una operación. Antes de que volviera a Chile, el juez español Baltasar Garzón, amparándose en la idea de la justicia universal, ordenó su detención. Como dice Sands, “era la primera vez que un antiguo jefe de Estado de un país era detenido en otro país por cometer un crimen internacional”. Pinochet estuvo retenido durante dieciséis meses. En ese tiempo, hubo varios juicios en los que se debatió sobre los límites de su inmunidad como ex jefe de Estado, el alcance y la legitimidad de la justicia internacional, si los actos que cometió los hizo como soberano, es decir, eran “conducta oficial llevada a cabo en el ejercicio de sus funciones o fueron extralimitaciones de su papel como jefe de Estado”... Tanto al gobierno español como al británico les molestaba la situación; a los primeros, porque implicaba extraditar al dictador y juzgarlo en su territorio, a los segundos porque ya estaba siendo muy complicada la gestión de este *impasse* judicial en Londres. Cuando Pinochet enfermó y varios informes médicos (aparentemente no muy minuciosos) determinaron que no podía ser juzgado, Pinochet finalmente volvió a Chile, impune. A su llegada a Santiago, su supuesta incapacidad desapareció y se levantó de la silla de ruedas en el aeropuerto para celebrar su vuelta. Su enfermedad, se demostraría, fue una estrategia para salvarse. Aunque no pudo ser juzgado por Garzón, su iniciativa sí que rompió el tabú de juzgarlo en Chile. Pero murió antes de que fuera posible.

Geografía del terror. Sands viaja por todo Chile para unir puntos. Londres 38 era la dirección en Santiago de la sede de la DINA, la Dirección de Inteligencia Nacional, el aparato represor pinochetista en los primeros años de la dictadura. En ella se cometieron torturas brutales. Varios testigos recuerdan haber visto o escuchado a un alemán que presuponen que es Walther Rauff. La pesquera Arauco,

en San Antonio, era una tapadera de la DINA que sirvió como lugar de detención y exterminio de disidentes; los detenidos eran transportados en coches refrigerados desde Londres 38 para ser tirados al mar o, según algunos rumores no confirmados, convertidos en harina de pescado. La Colonia Dignidad, creada por un exnazi huido de la justicia por pederastia, era una especie de laboratorio que colaboraba con Londres 38 para ocultar los cadáveres de los asesinados; allí también se torturó. En la Isla Dawson se levantó un campo de concentración que se asemejaba demasiado a los campos nazis. La isla está muy cerca de Punta Arenas, donde vivió y trabajó casi toda su vida Walther Rauff.

Secretos y rumores. El libro está lleno de rumores, sobre todo en torno a Walther Rauff. Sands hace una gran investigación forense. Es muy escrupuloso con los datos (como se verá más adelante, con algunos más que otros). Recoge decenas de testimonios verosímiles pero no se rinde hasta encontrar pruebas factuales; a veces no las encuentra, pero se queda lo más cerca posible. De Rauff se decía que colaboraba con la DINA. Pero muchas de las fuentes acaban citándose unas a otras y es difícil encontrar el original. Sands no se rinde y acaba demostrando, con testimonios de extrabajadores de la DINA, su presencia en el núcleo de la represión. “Rauff bien podría ser la ‘mente gris’ de todo, lo que conecta la DINA, la pesquera y Colonia Dignidad”, dice un jurista entrevistado. La dictadura de Pinochet no solo protegió a un exnazi que fue clave en la logística del Holocausto: aprovechó su conocimiento para perfeccionar su represión.

El efecto ‘The Economist’. Es el fenómeno que se produce cuando uno lee sobre su propio país en la prensa extranjera. Cuando leo un artículo sobre Indonesia no me queda otra opción que fiarme. Quizá sea cierto que se encuentran en una encrucijada. Pero al leer sobre España, uno ve los agujeros, los matices, las fuentes

incompletas, a menudo más fruto de la pereza (el país no tiene apenas relevancia global) y de los prejuicios que de la mala fe. Es lo que algunos autores españoles han denominado *anglocondescendencia*. Sands cae a veces en esa actitud. Las objeciones de juristas ingleses a la extradición de Pinochet están basadas en argumentos jurídicos; las objeciones que ponen juristas españoles al mismo procedimiento, en cambio, se explican con el franquismo y la incapacidad de España de juzgar los crímenes de su dictadura. (Es cierto, sin embargo, que el entonces fiscal jefe de la Audiencia Nacional, y el principal contrario a la extradición de Pinochet a España, tenía unas simpatías muy siniestras hacia Pinochet; pensaba que no dio un golpe de Estado sino que hizo una “suspensión temporal del orden constitucional”).

Al final del libro, Sands habla de Baltasar Garzón como un juez que “causó polémica por sus intentos de investigar los crímenes del franquismo y otros crímenes en España, lo que provocó su destitución como juez”, cuando en realidad fue inhabilitado por prevaricación al ordenar escuchas telefónicas entre presos de la trama Gürtel y sus abogados. Es obvio que este libro no es el lugar para indagar en la figura de Garzón, pero precisamente en una obra que presume de rigor resulta extraño que haga una afirmación tan claramente falsa. En el libro se debaten cuestiones de imparcialidad judicial; Garzón tuvo una carrera política en el PSOE en medio de su carrera judicial (provoca risa comparar eso con titulares como “Una hija del juez de la causa contra Begoña Gómez es concejala del PP”). En el libro, Sands habla del “principio de la parada de taxis”, “la norma que obliga a los abogados a actuar como los taxistas, que tienen que llevar al pasajero que les toca en función del lugar que ocupan en la fila, sin rechazar a nadie por motivos políticos o de personalidad”. Sands no la cumplió y se negó a defender a Pinochet; el bufete de abogados de Garzón, en

cambio, no tiene reparos en defender a varios corruptos colaboradores del famoso comisario Villarejo, que fue espía ilegal para dictadores y traficantes de armas. Quizá es porque, como demostraron varias grabaciones, parecían bastante colegas...

Impunidad e inmunidad. Las inexactitudes con respecto a Garzón son minucias en un libro de casi seiscientas páginas que aborda profundamente la cuestión de la impunidad. Rauff no fue nunca condenado por sus crímenes en el Holocausto ni su represión en la dictadura chilena; Pinochet tampoco. Pero los intentos de sentarlos frente a un tribunal no fueron en vano. Al final del libro, Sands da varios ejemplos de exlíderes que temieron viajar a determinados países por miedo a que los detuvieran por crímenes de guerra. En 1999, el presidente croata Franjo Tudman no viajó a Alemania por si lo detenían por sus crímenes durante las guerras de Yugoslavia; George W. Bush no viajó a Suiza por miedo a que lo interrogaran por haber autorizado torturas durante la guerra de Irak. En 2023, Putin no viajó a Sudáfrica por miedo a que lo detuvieran; fue acusado por el Tribunal Penal Internacional. Sands parece más o menos optimista. Yo no lo soy tanto. Este año, el primer ministro de Israel, Benjamin Netanyahu, sobre el que pesa una orden de arresto internacional por sus crímenes en Gaza, visitó Hungría en visita oficial. El Tribunal Penal Internacional pidió al presidente Orbán que lo detuviera. Hungría, como respuesta, abandonó el Tribunal Penal Internacional, del que era miembro. La victoria de Trump el año pasado es una victoria de la impunidad: los matones globales podrán hacer y deshacer a su antojo siempre y cuando no molesten a Estados Unidos. Si a Sands le preocupa la impunidad, que se prepare para lo que viene. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2023 publicó *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide).